

Patente de corso¹

por Arturo Pérez-Reverte

Cada mañana desde hace diez o doce años, poco antes de las nueve, un hombre solitario se detiene ante la barandilla² al pie del obelisco egipcio, frente al **palacio de Montecitorio**, en **Roma**, a cincuenta pasos de la entrada principal del edificio que alberga³ el Parlamento italiano.



Es un individuo de pelo gris que ya escasea⁴ un poco, al que he visto envejecer, pues con frecuencia paso por ahí a esa hora cuando me encuentro en esta ciudad, camino⁵ del bar donde desayuno en la plaza del **Panteón**.



Da lo mismo que sea invierno o verano, que haga sol o que llueva: apenas hay día en que no aparezca.

Siempre va razonablemente⁶ vestido, con aspecto de empleado, o de funcionario.

Más bien informal.

Y lleva siempre una pequeña mochila, o una cartera colgada del hombro.

En eso ha ido cambiando, porque ahora lo veo más con la cartera.

El procedimiento es rutinario, idéntico cada día.

¹ kaperbrief

² (balastrada) balustrade

³ herbergt

⁴ schaars is

⁵ op weg naar

⁶ treffelijk

Se detiene ante la barandilla, frente a la fachada del palacio –supongo que camino⁷ del trabajo–, saca un papel doblado que despliega con parsimonia⁸, y con una voz sonora y educada utiliza el papel como guión⁹ o referencia de citas para el discurso que viene a continuación, diez o doce minutos de oratoria¹⁰ impecable, bien hilada¹¹.

Un breve discurso diario, allí solo, bajo **el obelisco**, ante la fachada muda¹² del Parlamento.



A veces me detengo a cierta distancia, por no molestarlo, y escucho atento.

El discurso no suele ser gran cosa, y a menudo repite conceptos.

No insulta, no es agresivo.

Por lo general se trata de una especie de reprensión¹³ moral en la que menciona artículos de la Constitución o critica, casi siempre de modo general, situaciones concretas de la política italiana.

Cosas del tipo «Todo gobernante debe asegurar el derecho al trabajo de los ciudadanos», o «La corrupción política no es sino el reflejo de la corrupción moral de una sociedad enferma y a menudo¹⁴ cómplice».

De vez en cuando desliza¹⁵ asuntos personales, injusticias de las que es o ha sido objeto, aunque sin alejarse¹⁶ nunca del interés común, del enfoque¹⁷ amplio¹⁸.

Siempre es educado, coherente y sensato¹⁹.

No parece el suyo discurso de un loco, ni expresión patológica desaforada²⁰ de una obsesión.

Parece sólo un ciudadano que lleva diez o doce años dolido²¹ por lo que ocurre ante sus ojos, y que cada mañana acude ante el lugar que considera eje principal de esos males, a denunciarlo en voz alta, con palabras mesuradas y sensatas.

Lo que cada día convierte la escena en conmovedora²² es que ese hombre está solo.

⁷ op weg naar

⁸ (moderación) afgemetenheid

⁹ schema

¹⁰ (retórica) retorica

¹¹ gelaagd

¹² stomme

¹³ vermaning

¹⁴ vaak

¹⁵ (dice) zegt langs zijn neus weg

¹⁶ (quitar del pensamiento) van zich afzetten

¹⁷ (análisis) benadering

¹⁸ (extenso) veelomvattend

¹⁹ verstandig

²⁰ buitenissig

²¹ verdrietig

²² aandoenlijk

El lugar, frente a Montecitorio, es escenario habitual de protestas ciudadanas, y a menudo hay carteles reivindicativos; o algo más tarde, a la hora de entrada de los diputados, se reúnen cámaras de televisión y ruidosos grupos de manifestantes que abuchean²³ o vocean²⁴ consignas²⁵. Sin embargo, a la hora en que nuestro hombre se presenta no hay nadie. Sólo un par de **carabinieri** que pasean aburridos por la plaza desierta y algún turista que se asoma²⁶, curioso, por la ventana de un hotel próximo.



Y es allí, en aquella soledad, ante la puerta vacía del Parlamento, donde se alza esa voz serena y desafiante²⁷, pronunciando palabras que suenan clásicas y hermosas: reprensiones morales, llamados a la conciencia, sentencias que todo ciudadano honrado, todo político decente, deberían tener por su evangelio. Y después, cada vez, acabado el discurso, nuestro hombre dobla despacio el papel, lo guarda en la cartera y se va dignamente, en silencio.

Mesurado como un ciudadano de la antigua Roma.

Cada vez, viéndolo marcharse con tan admirable continente²⁸, no puedo evitar pensar en los otros: sus ilustres antecesores.

Pensar en los Gracos, en Cicerón pronunciando ante el Senado su inmortal «*Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra*».

En Bruto, Casio y los que ensangrentaron la túnica de César.

En los hombres flacos de sueño inquieto de los que hablaba Shakespeare, cuyos ojos abiertos los hacen incómodos para los tiranos y los canallas.

En los hombres justos de aquella Roma republicana, embellecida por la Historia, pero cuyos ejemplos formales tanto influyeron en el mundo, en los derechos y libertades de los hombres que supieron regirse a sí mismos.

En la conciencia moral, superior hasta en las actitudes²⁹ —y quizá superior, precisamente, a causa de ellas—, que tanto sigue necesitando esta Europa miserable y analfabeta, este compadreo³⁰ de golfos³¹ oportunistas que nos desgobierna y del que también somos responsables, pues de entre nosotros mismos, de nuestra desidia³² e incultura, han nacido.

En el consuelo casi analgésico de escuchar cada mañana, todavía, la voz serena de un último romano.

²³ uitjouwen

²⁴ schreeuwen

²⁵ (esloganes) slogans

²⁶ zich vertoont

²⁷ uitdagend

²⁸ (moderado) ingetogen

²⁹ (disposición) houding

³⁰ (amigos) goede maatjes

³¹ (vagabundos) schooiers

³² (indiferencia) onverschilligheid